

H É C T O R Z A G A L

EL
INQUISIDOR

Diseño de portada: Estudio la fe ciega / Domingo Martínez

© 2018, Héctor Zagal

Derechos reservados

© 2018, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2

Colonia Polanco V Sección

Delegación Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: junio de 2018

ISBN: 978-607-07-4986-5

Primera edición impresa en México: junio de 2018

ISBN: 978-607-07-4988-9

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeM-Pro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

A mi querido Omar

A Sergio González Rodríguez, escritor valiente, mexicano comprometido y, claro que sí, gran amigo. *In memoriam.*

En los autos de fe vi lo que había
sentenciado mi lengua. Las piadosas
hogueras y las carnes dolorosas,
el hedor, el clamor y la agonía.
He muerto. He olvidado a los que gimen
[...]

JORGE LUIS BORGES, *El inquisidor*

DE VUELTA AL INFIERNO

Como si fuesen las mismísimas calderas del infierno, así arde el desierto de Nuevo México. La caravana avanza resignadamente por aquellas tierras inhóspitas. Las últimas leguas de un viaje siempre son las más largas. La distancia entre Albuquerque y Santa Fe es corta, menos de una jornada y, sin embargo, el camino se antoja interminable. Inés Goicoechea piensa una y otra vez en Rodrigo. Cada vuelta de rueda es como un clavo en su corazón, un golpe de martillo en su cabeza.

El día amaneció especialmente frío, pero dentro de poco lloverá fuego. El desierto es hirviendo en el día y un glaciario en la noche. Del frío uno puede defenderse con unas mantas y una fogata, pero del calor no hay manera de escapar. El sol no tiene misericordia e inflama el desierto en cuestión de minutos. Ni siquiera los coyotes y pumas se atreven a enfrentarlo. Incluso los escorpiones evitan el sol de mediodía. Desde que cruzaron el río Grande, el aire se ha vuelto más polvoroso y mordiente, casi irrespirable. La garganta se cierra. La lengua se convierte en una correa de cuero. Los labios agrietados sangran. Las gotas de sudor se evaporan en pocos minutos, dejando una estela salitrosa en el rostro. Un par de horas al sol de las doce bastan para matar a un viejo o a una mujer menuda; los niños resisten menos,

una hora a lo sumo. El sol es una bola de fuego, jamás debe tomarse a la ligera.

Inés tiembla cuando piensa en el fuego. Ni el peor calor del desierto se compara con las hogueras del Santo Oficio. Malditas llamas. Malditas hogueras. Maldito fuego. Malditos inquisidores. Imagina a Rodrigo retorciéndose entre las llamas mientras la gente asiste al espectáculo como si fuese una obra de teatro. Intenta no pensar en la escena; quisiera escapar de sí misma, pero es imposible. Imagina la piel blanca de Rodrigo llagada, llena de ampulas, negrecida, carbonizada. Lo ve amordazado, vestido con un ridículo sambenito pintarrajeado con demonios. Piensa en sus pies descalzos sobre la leña, que se enciende poco a poco; en sus ojos azules desorbitados por el dolor, en sus manos crispadas, en las pústulas sanguinolentas de su boca. Rodrigo era valiente y fuerte, pero nadie puede aguantar ese tormento sin gritar. El peor momento es el inicio, cuando la lumbre, aún débil, comienza a rozar los cuerpos. Los desdichados gritan, chillan, blasfeman, aúllan. Esos aullidos son la única compañía que, desde ese día, Inés recibe noche tras noche: unos aullidos de los que no podrá escapar nunca.

2

EL QUEMADERO DE LA INQUISICIÓN

Si un hombre se acuesta con otro hombre como se hace con una mujer, los dos cometen una abominación y serán castigados con la muerte.

LEVÍTICO 20: 13

Los cuerpos de los condenados arderán dentro de unas horas, iluminando el cielo de México. El Santo Oficio ha organizado un fastuoso auto de fe en la capital de la Nueva España. Hoy habrá fuego y chillidos para entretenimiento del pueblo y gloria de Dios.

Xavier Goñi cabalga de mala gana por la calzada México-Tacuba rumbo a la Plaza del Volador. Ahí, al lado del palacio real, se celebrará la ceremonia. A cada rato el jinete se lleva las manos a la espalda, que le duele mucho, como si un ejército hubiese marchado sobre ella. El trote del caballo lastima sus vértebras, que se comprimen y rozan con cada paso. Es tensión, una sensación de impotencia, tristeza y enojo. No concilió el sueño en toda la noche pensando en las penas de muerte que se ejecutarán. En vano intentó esconderse en casa del párroco de Tacuba para no asistir a la ceremonia; era obvio que su treta fracasaría. Sus superiores le ordenaron regresar a la ciudad de inmediato.

—Padre Goñi —le reconvino su superior—, usted es el confesor del virrey, profesor de la universidad, connotado miembro de la Compañía. ¿Cómo se le ocurre faltar al auto de fe? ¿En qué cabeza cabe? ¡No sea insensato! ¡Usted debe estar presente!

De nada le sirvió excusarse aduciendo un fortísimo dolor de cabeza, una fiebre, una diarrea. El superior fue tajante:

—En nombre de la Santa Obediencia, le ordeno que asista al auto de fe.

—Es que me siento muy mal...

—Déjese de tonterías y obedezca. Reservaron un asiento de honor para usted en el palco de Su Excelencia, ¡en el estrado del virrey! ¿Cómo se atreve a excusarse?

—De verdad, padre, no me siento nada bien.

—Usted asiste ¡aunque se muera a mitad de la ceremonia! Compréndalo, Goñi: si falta no sólo se compromete usted, ¡compromete a la Compañía! ¿Quiere eso?

A pesar de ser sacerdote, no es mal jinete; de niño aprendió a montar en los campos de Navarra. Goñi nació en un familia de terratenientes pamploneses que, además de trigales y ovejas, poseían excelentes caballos andaluces que el chico cabalgaba a su gusto todos los días. Tenía asegurado el futuro: sus padres le conseguirían una esposa de alcurnia, heredaría sus tierras y llevaría una vida cómoda y sin sobresaltos. Pero un día pasó por Pamplona un jesuita invitando a los jóvenes a unirse al ejército de Dios. El joven Goñi, conmovido por la elocuencia del aquel religioso, sintió la llamada divina y decidió entregar su vida a la Compañía de Jesús. El joven tuvo que enfrentarse a sus padres, a quienes les parecía una insensatez eso de abandonar a la familia para unirse a una orden religiosa. Habían puesto en él las esperanzas de un linaje noble y ahora, de un día para otro, el cuento de la vocación mandaba todo al traste.

Sin embargo, la oposición más feroz no provino de sus padres, sino de él mismo. Sus ambiciones, sus proyectos y sus anhelos conspiraban contra el llamado divino. ¿Puede haber algo más difícil que pedirle a un chico que renuncie a sus ilusiones? El futuro es posibilidad de libertad infinita, nada hay más difícil que sacrificarlo. El amor a Dios y el amor a sí mismo desgarraron interiormente el alma del joven, una angustia que nadie sino el que la sufre puede comprender. Finalmente, pudo más Dios y él olvidó a su familia, los caballos, las tierras.

Goñi aún conserva la afición por los caballos, pero sus superiores no le permiten cabalgar, pues les parece impropio de un jesuita. La vocación es sumisión. Goñi le entregó a Dios sus aficiones y deseos

más íntimos. Pero es una ocasión especial: hoy tiene permiso para hacerlo. Ahora debe acelerar el trote, la distancia entre Tacuba y México no es corta. Un quejido de dolor se le escapa al jesuita cuando el caballo apura el paso; la espalda, la maldita espalda.

A la altura del convento de San Fernando, comienza a notarse el gentío que se dirige a la ciudad para presenciar el espectáculo. Goñi avanza un poco más y mira hacia la derecha de la calzada, donde los curiosos se arremolinan en torno al patíbulo.

Un alguacil y un capataz revisan minuciosamente el brasero donde arderán los condenados. En estas ceremonias las equivocaciones son inadmisibles. El problema es que en la Ciudad de México el quemadero de la Inquisición carece de lugar fijo; en realidad se usa poco, cada diez o doce años. A diferencia de los tribunales civiles, el Santo Oficio destaca por su misericordia y piedad. Los inquisidores recurren a la hoguera sólo en caso extremo. Con todo, la falta de un quemadero definitivo complica las ejecuciones; lo más práctico sería contar con un espacio fijo para estas tristes ocasiones. Los señores inquisidores quisieran evitarse los inconvenientes de conseguir un terreno prestado cada vez que se necesita. Lamentablemente, el ayuntamiento no desea un quemadero estable, pues argumenta que se usa muy poco y que la ciudad acabaría por engullirlo pronto. Los médicos, en efecto, desaconsejan quemar cuerpos dentro de las villas. A los pecadores se les debe quemar afuera, donde el humo no apeste.

Para esta ocasión se consiguió un pequeño descampado entre el convento de San Diego y el Hospital de San Hipólito, un terreno a la vera de la calzada a Tacuba, contiguo a la Alameda. No está mal. Se encuentra lo suficientemente cerca de la Plaza Mayor, y lo bastante alejado como para no importunar a los vecinos.

Goñi, sin pretenderlo, ha estado al tanto de los preparativos. En el colegio de los jesuitas no se ha hablado de otro tema durante la última semana. Los obreros han trabajado arduamente, desbrozando el campo y aplanando la tierra. Las estacas donde se amarra a los condenados deben anclarse firmemente al suelo porque, en su desesperación, los sentenciados pueden tumbarlas. Cuando las llamas despegan la piel, los condenados se retuercen como energúmenos. El dolor saca fuerzas del cuerpo más enclenque.

Alrededor de cada estaca, formando una pirámide, los obreros colocaron troncos de ocote, entreverados con ramas secas y paja. La olorosa resina del ocote sirve para ocultar el tufo de la grasa humana quemada. En la parte superior de cada estaca se ha colocado un torniquete que se ajustará al cuello del condenado. Si el infeliz manifiesta su arrepentimiento, aunque sea en el último instante, el verdugo le romperá el cuello. En realidad, pocos sentenciados mueren quemados; la mayoría, impulsada por la gracia de Dios, se acoge en los últimos segundos a la misericordia de la Iglesia, que les ahorra el suplicio del fuego. Sólo algunos pérfidos, soberbios y empecinados se atreven a enfrentar la hoguera en vida. En cualquier caso, reconciliados o recalcitrantes, los cuerpos deben quemarse; sólo así se limpian los pecados.

El padre Goñi intenta evadirse recordando la nieve de los Pirineos, los espárragos de Tudela, el clarete de Estella, la lluvia fina de Pamplona, los caballos de su niñez, la tierra mojada, el queso de oveja, la sonrisa de su madre, los abrazos de su padre. Imposible. El jesuita no logra olvidar las ejecuciones; el olor a carne quemada regresa tercamente a su cabeza una y otra vez.

Quemar a una persona no es tan fácil como se cree. La leña es fácil de encender, pero la carne humana no prende de inmediato, ni siquiera cuando se embadurna con brea y azufre. Si las llamas no consumen el cuerpo, la carne despidе un hedor nauseabundo, como el del tocino rancio. Los espectadores, que horas antes se peleaban por un buen lugar para mirar la ejecución, acaban huyendo de los chillidos de los condenados y la peste de la piel sancochada. Los verdugos siempre quieren amordazar a los condenados para evitar esos chillidos, pero los inquisidores rara vez lo permiten: el Santo Oficio quiere otorgarles a los reos la oportunidad de que, incluso a mitad del suplicio, puedan externar su arrepentimiento.

—Creo en Dios, Padre Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra... —reza Goñi montado en su caballo, evitando a los caminantes que charlan despreocupados rumbo a la ciudad.

La multitud camina alegremente, como si fuese a una verbena: madres que cargan a sus bebés en rebozos, mozos fuertes y bravucones, jovencitas coquetas escoltadas por sus padres. Goñi los mira con desprecio y apura el trote.

—¡Ay! —se queja de nuevo por el dolor de espalda.

Debe llegar a tiempo, pero conforme se acerca a la Plaza del Volador, la ciudad se va convirtiendo en un tianguis. Goñi se lleva la mano al cuello y se da un pequeño masaje. El dolor sube por el cuello y desemboca en el ojo derecho, que le pulsa como un tambor de guerra.

El auto de fe, propiamente hablando, es largo y tedioso: sermones, lecturas de sentencias, oraciones. Lo que a la gente le gusta son las ejecuciones. Quienes consiguen un lugar para presenciar el tormento se sienten afortunados. Los invitados de honor observan las ejecuciones con cara adusta y se retiran pronto a sus casas a comer y beber. El pueblo, ávido de entretenimiento, se queda un rato largo, hasta que el olor los aleja. En cambio, los alguaciles y verdugos deben esperar un día para que las cenizas se enfríen por completo. La combustión nunca es perfecta, usualmente quedan restos de huesos. Las partes más difíciles de consumir son los cráneos y las pelvis. Como esos restos no pueden enterrarse en un camposanto, se rompen en trozos muy pequeños y se esparcen en algún estercolero o se arrojan a un río. Es un trabajo asqueroso, pero alguien debe hacerlo.

Xavier Goñi conoce los nombres y delitos de los sentenciados. Su posición como confesor del virrey le da ciertos privilegios. Si bien la Inquisición prohíbe que esa información se ventile, como en los casos de pena capital es la gente del virrey quien ejecuta las sentencias, los rumores acaban filtrándose en el palacio real. Hoy morirán tres judaizantes reincidentes y media docena de sodomitas. El Tribunal no se tienta el corazón al juzgar el pecado *contra naturam* y los castiga con tanto rigor como a los seguidores de la Ley de Moisés. Pocas acciones ofenden tanto a la Divina Majestad como la depravación de los varones que fornican con otros varones.

En realidad, el virrey no desea ejecutar a nadie; le parece que el Santo Oficio tiene sus días contados y no desea pasar a la historia como el verdugo de la Nueva España. En el fondo de su corazón, le parece excesivo quemar a quienes descreen de la Iglesia. Durante el tiempo que pasó en Holanda y en Francia como embajador del rey, aprendió que la tolerancia puede ser benéfica para un reino. En Ámsterdam nadie teme a los judíos. ¿Qué mal le puede hacer a la Corona una religión que prohíbe el jamón y ordena descansar en sábado?

¿Qué perjuicio le puede causar al rey una docena de mozos afeminados? Versalles está lleno de sodomitas y no ha llovido fuego sobre la corte francesa. El virrey, murmuran las malas lenguas, está contaminado por los filósofos herejes.

Goñi y el virrey han conversado discretamente sobre el tema, amparados siempre bajo el secreto de confesión. Han hablado del horror que el Santo Oficio despierta entre ingleses y holandeses. Tampoco los franceses miran con simpatía a la Inquisición, y eso que los Borbones gobiernan España y Francia. A pesar de esas convicciones, el virrey nunca comprometería su carrera para salvar las vidas de unos pobres diablos. Es un hombre de Estado, no un profesor de teología moral y mucho menos un reformador. «¿Reformador? Las reformas son peligrosas, siempre lo son, pero a veces resultan indispensables», piensa Goñi mientras el caballo bufa nerviosamente entre la multitud, que los va rodeando.

Un pícaro vendedor de canutillos de membrillo se acerca al sacerdote.

—Baratitos, baratitos, los canutillos del mejor membrillo. ¿A dónde va Su Merced? ¿Al auto de fe? Lleve sus golosinas para el hambre.

—¡En un auto de fe no se come! A un auto de fe se va a rezar, no es una corrida de toros —responde el padre Goñi al tiempo que espolea el caballo.

El vendedor le responde con una burlona inclinación de cabeza, pero a los dos segundos el bribón troza un crujiente canutillo y se lo come alegremente. El sacerdote azuza el caballo para llegar a la ceremonia, lo obliga el voto de obediencia y un mínimo de instinto de supervivencia política. Incluso los sacerdotes deben cuidarse del Santo Oficio. Se hace tarde y Goñi se pone nervioso. Cada vez hay más curiosos alrededor del quemador y el caballo del jesuita apenas si logra abrirse el paso entre este enjambre.

El brasero rara vez se coloca en el mismo lugar donde se celebra el auto de fe. A la Inquisición le gusta recalcar que la Iglesia no derrama sangre. La autoridad secular es quien ejerce ese penoso deber. Al Santo Oficio le preocupa el alma de las personas, aunque en ocasiones el fuego sea la única manera de salvar a esos desgraciados.

A la altura de la iglesia de la Santa Veracruz, dos pajes enviados por el mismísimo virrey salen al encuentro de Goñi. Se está haciendo

tarde. El jesuita debe presentarse cuanto antes en el estrado de honor; se le ha asignado un asiento junto la familia del virrey, un honor por el que muchos pagarían un dineral.

—¡Su Merced! ¡Apúrese! No vamos a llegar y nos regañarán —le dicen los criados.

A punta de espada, los pajes se abren paso entre la chusma. La Ciudad de México está abarrotada como nunca; vinieron personas de Azcapotzalco, de Cuautitlán, de Mixcoac. La gente de Chalco y Texcoco no dudó en cruzar el inmenso lago para asistir al auto de fe. Incluso hubo personas que viajaron desde Puebla, Valladolid y Guadalajara para la ceremonia. La Inquisición preparó este acto sin escatimar gastos; los bienes confiscados a los herejes sirven, entre otras cosas, para sufragarlos. Todo sea para la mayor gloria de Dios. Quienes pensaban que el Santo Oficio iba a desaparecer estaban muy equivocados; digan lo que digan los masones y los protestantes, la Inquisición sigue siendo poderosa en los reinos de España.

Sin aliento, con la espalda hecha polvo, el padre Goñi llega a la Plaza del Volador, a un costado del palacio real. El virrey respira aliviado. Su Excelencia quería tener cerca a su confesor. Como el resto de los invitados ya ocupan sus lugares, los pajes improvisan y colocan a Goñi al lado de la hija del virrey, y no en la silla originalmente prevista para el jesuita. El sacerdote se siente raro sentado entre las amigas de la hija del virrey.

Las jóvenes, vestidas de negro, lucen hermosas mantillas que cuelgan de sus peinetas de carey. Como un parvada de golondrinas adormiladas, las jóvenes guardan silencio mientras se abanicán y miran hacia la plaza. Entre ellas está doña Inés de Goicoechea, hija de don Anselmo, rico minero de Pachuca. La joven, de pelo negro y lacio, ojos verdes, piel aceitunada, cuello alargado y gesto altivo, saluda con la cabeza al jesuita, con quien se dirige espiritualmente. Goñi le devuelve el saludo también en silencio.

Mientras tanto, en la tribuna de honor, se escuchan los murmullos de reprobación. ¿Cómo se atreve un simple sacerdote a llegar tarde a un auto de fe? ¿Por qué no participó en la procesión? ¿Quién se cree? Y, por si fuese poco, se sienta entre las doncellas de la corte.

—¡Tenía que ser jesuita! —comenta la marquesa del Valle de Orizaba.

Goñi se deja caer en la silla y siente un alivio casi voluptuoso cuando sus nalgas, adoloridas por la cabalgata, tocan el mullido terciopelo; luego estira las piernas y mueve el cuello. Su sotana, llena de polvo, desdice de la elegancia de un confesor de príncipes. Su alzacuellos blanco, pésimamente almidonado, también está lleno de tierra. Su vestimenta descuidada contrasta con la elegancia de los cortesanos, pero a Goñi eso le tiene sin cuidado. La túnica de Jesús tampoco estaría muy limpia después de predicar por los polvorientos caminos de Judea.

Este es el tercer auto de fe al que Goñi asiste en su vida. Los dos primeros le parecieron edificantes y creyó que la Inquisición actuaba con toda justicia. «La fe —pensaba por aquel entonces— es una gracia de Dios que no debe manosearse ni ponerse en peligro»; los herejes recibían su merecido por falsificar la verdadera y única fe. ¡Cuánto ha cambiado desde entonces! En sus tiempos de novicio y de joven sacerdote aplaudía las intervenciones del Santo Oficio. Ahora, en la cúspide de su influencia, rehúye un lugar de honor en la procesión y en el estrado. Y estos pensamientos le asustan. ¿Quién es él para cuestionar la autoridad de la Iglesia?

Xavier Goñi no dejó de creer en los métodos del Santo Oficio súbitamente. El recelo fue paulatino, propiciado por aquellas tertulias en las que, alrededor de una taza de chocolate y un platón de buñuelos, conversaba con ciertos amigos sobre teología y filosofía. De vez en vez, algunos contertulios se atrevían a elogiar la tolerancia religiosa de los holandeses y los ingleses. Al principio eso de la tolerancia le sonó escandaloso, impío, blasfemo, pero no se atrevió a denunciarlos ante la Inquisición y, poco a poco, se fue familiarizando con la idea. ¿No escribió santo Tomás de Aquino que es indebido convertir a los gentiles valiéndose de la violencia? Esas tertulias cambiaron su modo de ver la religión, y gradualmente fue penetrando en el círculo íntimo y secreto de esos cristianos libres y educados. Entre ellos, hay dos canónigos de la catedral, un oidor de la Real Audiencia, un capitán de los Dragones de la Reina y, el más importante de todos, el secretario particular del virrey.

Sin embargo, sí hubo un momento de quiebre: fue hace cinco años, durante unos ejercicios espirituales en el colegio de Tepotzotlán. Goñi guarda memoria de ese instante con tanta precisión como recuerda el día en que escuchó al jesuita que le habló de la entrega a Dios en Pamplona. Xavier Goñi caminaba en la huerta leyendo los Evangelios. Era Cuaresma, una calurosa primavera; los naranjos perfumaban el aire y el sacerdote había buscado el frescor de los árboles. Rumiaba las bienaventuranzas de san Mateo, que el predicador en turno había citado en la plática de la mañana. «Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia». Él también había citado ese versículo muchas veces en los sermones, en el confesionario, incluso lo citaba en su libro, el único que había publicado. Entonces se atrevió a dar un paso largamente postergado: la misericordia es el camino de la salvación, no el castigo. Ahora vive desgarrado interiormente, inquieto, como en sus tiempos de juventud, cuando dudaba si ingresar a la Compañía. Lo peor de todo es que no tiene con quién desahogarse. Hablar del tema con los superiores o con su director espiritual sería una insensatez. Lo acusarían de hereje y seguramente lo encerrarían o, en el mejor de los casos, lo apartarían de la cura de almas.

Sus compañeros de tertulias, por supuesto, adivinan el desasosiego interior del jesuita, pero entre ellos hay un pacto tácito: se habla de ideas, de filosofía, de teología, incluso de política, pero ninguno abre su alma frente a los demás. Cada quien debe lidiar con su propia conciencia sin pedir la ayuda de otros.

A veces piensa que mantiene un secreto con el demonio, que lo sucedido en Tepotzotlán no fue una iluminación de Dios ni una gracia del Espíritu Santo, sino una trampa de Satanás, el engañador, padre de la mentira. ¿Cómo se atreve él a recelar de la Inquisición, bendecida por tantos papas y obispos? Pero de inmediato le brincan las palabras de Jesús: «Bienaventurados los misericordiosos...». El demonio no puede inspirar misericordia. El perdón y la mansedumbre son cosa de Dios, no de Satán. Y, a pesar de ello, siente miedo de que el diablo esté dirigiendo sus pasos. En cualquier caso, a pesar de sus reparos interiores, debe aparecer en estos actos y ceremonias del Santo Oficio, porque Goñi no quiere morir en una hoguera.

En la procesión desfilaron el virrey, los oidores de la Real Audiencia, el arzobispo y sus canónigos, el cabildo del ayuntamiento, los doctores de la Real y Pontificia Universidad, las órdenes religiosas, los caciques de los barrios indios y, por supuesto, todos los funcionarios del Santo Oficio. La piedra de toque de esa magnífica procesión fueron los condenados, los relajados, quienes dentro de unos minutos serán entregados al brazo secular para recibir su merecido.

—¡Judíos! ¡Herejes! —grita la chusma, convertida en celosa defensora de la fe. Los reos llegan montados en mulas, vistiendo el sambenito y el capirote pintarrajeados con diablos y llamas. El público más experimentado sabe qué delitos cometió cada preso sólo con ver el color y dibujo de la ropa. Un sambenito amarillo con dos aspas significa herejía; ese reo sufrirá, por lo menos, la confiscación de sus propiedades.

Indios, negros, españoles, mulatos, la sociedad entera presencia el auto de fe. Los más pobres sienten una inconfesada satisfacción viendo la humillación de algunos blancos. Es una especie de justicia macabra, pues el Tribunal del Santo Oficio carece de jurisdicción sobre los indios. Sólo los más pobres, los conquistados, están amparados contra la Inquisición.

Los estrados para el auto de fe fueron primorosamente dispuestos en la Plaza del Volador, a un costado del palacio de los virreyes. Terminada la ceremonia, vendrá la parte que realmente interesa a la multitud, la ejecución en el quemadero.

El auto de fe propiamente dicho es pomposo y aburrido: sermones, oraciones, lectura de sentencias y algunos castigos menores. La caterva de condenados, colocados a la vista del pueblo en la mitad del tablado, escuchan humillados la lista de sus aborrecibles pecados.

En la hoguera no sólo arderán los vivos, también se quemarán los huesos de los judaizantes cuya infidencia fue descubierta años después de su muerte. La Inquisición descubrió sus embustes gracias a la declaración de algunos de sus descendientes, quienes, arrepentidos, confesaron haber sido educados en la Ley de Moisés por sus padres y abuelos. El fuego de la Inquisición castiga a los vivos, a los muertos, a

los prófugos. El Santo Oficio ha desenterrado los restos de esos apóstatas, cuyos cuerpos malditos jamás debieron descansar en suelo santo. También será quemada la efigie de un tal Carlos, judaizante que no pudo ser capturado por el Santo Tribunal y de quien se cuenta vive entre piratas luteranos. La Inquisición no se resigna a perder y si algún sentenciado está prófugo, se le quema en ausencia. Se fabrica un monigote de madera y papel que arde junto con los vivos; a lo que se le llama quemar *in effigie*.

—¡Podrá escapar del fuego terreno —predicó un fraile—, pero jamás podrá escapar del fuego de Dios!

El plato fuerte, sin duda, serán los vivos, sodomitas y judíos que recibirán la santísima purificación del fuego.

La Inquisición se tomó la molestia de coleccionar pecadores variopintos para esta ocasión. Está, por ejemplo, el párroco de Atlixco, quien solicitó favores indecentes de una dama en el confesionario. El cura, degradado sacerdotalmente, será recluido de por vida en un convento. También está un bígamo, quien intentó engañar a la Iglesia casándose en México y en Oaxaca, suponiendo ingenuamente que nadie se daría cuenta de sus dos mujeres. El bígamo recibirá treinta azotes y pagará una inmensa multa. Hay blasfemos y un comerciante poblano al que se le halló un libro de Locke, autor prohibido por la Iglesia. De un tiempo para acá la Inquisición está muy preocupada por la cantidad de libros herejes que se introducen de contrabando a estas tierras. Tal parece que un grupúsculo de librepensadores conspira en la Nueva España contra la Iglesia y contra el rey. Esos descreídos pretenden burlarse del índice de libros prohibidos por el Santo Oficio, pero los ojos del Tribunal están en todas partes y, más temprano que tarde, dará con ellos.

El inquisidor mayor, fray Joaquín de Salazar, asiste el acto procurando no externar emoción alguna, pero, con discreción, mira de reojo hacia atrás para saber si el insolente confesor del virrey apareció. Fray Joaquín es rubio, de ojos verdes, alto, esbelto y de condición frágil. El hábito blanco y negro resalta su elegante y espigada figura. De cerca, sin embargo, se le ve cansado. Ayer se desveló rezando ante el Santísimo Sacramento, rogando por la salvación eterna de los sentenciados. El Tribunal del Santo Oficio procura el bien de las almas, in-

cluso de los judaizantes y luteranos. Fray Joaquín no se regocija con el dolor ajeno, pero sabe que a veces la medicina debe ser dolorosa para cauterizar las heridas purulentas. Y, al igual que sucede con las medicinas del cuerpo, que en ocasiones pueden matar al enfermo, también el tormento puede comprometer la salud del alma. La hoguera es una medicina riesgosa y sólo debe aplicarse excepcionalmente.

El arzobispo de México, revestido de encajes flamencos y seda de China, luce abiertamente contrariado. De buena gana se hubiese excusado de asistir, pero el inquisidor no se lo hubiese perdonado. El reverendísimo arzobispo sabe que él también está sometido al Santo Oficio y fray Joaquín se lo ha hecho notar repetidamente. El inquisidor le ha echado en cara el poco apoyo que ha dado al Tribunal y su poco interés por dar con los masones y los librepensadores que, se rumora con insistencia, pululan en la Nueva España. Y fray Joaquín tiene razón: al arzobispo no le importan esos temas; lo que de verdad le preocupa son los bienes de la Iglesia, que han despertado la ambición de los ministros del rey. El día menos pensado, la Corona le puede arrebatar a la Iglesia sus tierras y propiedades.

Desde el estrado de honor, don Antonio de Ortuño, virrey de la Nueva España, capitán general de los ejércitos, cabeza de la Real Audiencia y vicepatrono de la Iglesia, observa el espectáculo. Su Excelencia, engalanado con una casaca negra de terciopelo recamado con plata de Taxco, se ha quitado los guantes blancos y juguetea nerviosamente con ellos. Le aburre la infinita lectura de los cargos. El sermón predicado por un consultor de la Inquisición le pareció de lo más insulso. Por si fuera poco, le cayó fatal el chocolate en la mañana. Su médico le ha indicado que se olvide del chocolate con leche; debe beberlo con agua, como los mexicanos. Sin embargo, al virrey le encanta el sabor grasoso del chocolate de Chiapas disuelto en leche, un chocolate casi pastoso, espeso, sin espuma. Hoy le esperaba una jornada larga, necesitaba un alimento sustancioso. ¿Cómo iba a prescindir del chocolate? El problema ahora son los cólicos y las flatulencias. Es una vergüenza que el representante de Su Majestad apeste a mierda y que el arzobispo y el inquisidor tengan que oler sus gases.

El virrey mira el espectáculo con desdén. Aquí, en la Nueva España, no acaban de enterarse de que soplan nuevos vientos en Europa. Él mismo, a pesar de su afición por el chocolate, quisiera olvidarse de ese indigesto brebaje para pasarse al café, que es la bebida de los filósofos franceses. El café, se lamenta el virrey interiormente, es la bebida de los años futuros. El café mantiene despierto, agudiza la inteligencia, afila el ingenio, excita la mente. No imagina a los inquisidores bebiendo café a la francesa; es demasiado moderno para esos personajes. Don Antonio de Ortuño, en efecto, desconfía del Santo Oficio. El Tribunal concentra demasiado poder y por momentos funciona como un Estado dentro del Estado, algo que no le gusta a él ni al rey, a quien representa. Antes de venir a la Nueva España, Su Majestad le previno contra la excesiva independencia de la Inquisición en estas tierras. Además, persisten los rumores sobre los malos manejos del dinero por los inquisidores. No sería la primera vez que se descubre que el Tribunal se apropia de las riquezas confiscadas a los sentenciados para provecho propio. Los señores inquisidores olvidan que las fortunas confiscadas a los herejes le pertenecen al rey, y no al Santo Oficio.

Allá abajo, en el tablado, prosigue el espectáculo. Rezos, sermones, lectura de sentencias, algún sollozo contenido. El virrey suspira. Su vientre sigue inflamado. Siente los intestinos estirándose y encojiéndose como pedazo de cuero en agua. Definitivamente debe olvidarse del chocolate y pasarse al café. Su médico, un criollo hecho y derecho, recela del líquido negro; lo califica de bebida «sin sustancia que produce humores calientes que nublan el cerebro, basta con que Su Excelencia beba el chocolate en agua». Como sea, don Antonio de Ortuño no volverá a beber chocolate con leche antes de un acto solemne. Las flatulencias de Su Excelencia deben de haber subido hasta las torres de la catedral. El virrey suspira de nuevo y mira hacia la izquierda. Su hija intercambia un par de palabras con Inés Goicoechea. ¡Qué chica tan distinguida! ¡Ojalá fueran como ella las otras jóvenes de la corte!

Los tambores resuenan. Se proclama la sentencia de muerte. Los alguaciles recibirán de manos de la Inquisición a los sentenciados para que sea el poder temporal el que derrame la sangre. Apegándose al

protocolo, el inquisidor aconseja clemencia para los infelices que serán quemados. ¡Cómo le molesta al virrey ese desplante del Santo Oficio! Se trata de un mero trámite. Él debe encargarse de la ejecución de los reincidentes, los pérfidos herejes, los sodomitas y los judaizantes. Le encantaría desafiar a la Inquisición y perdonar a algún reo para contrariar a ese dominico engréido. Seguramente, Su Majestad aplaudiría ese atrevimiento: alguien debe poner al Tribunal en su lugar. Nadie, ni siquiera el Santo Oficio, está por encima de Su Majestad. Ya llegará el día en que también la Inquisición temerá al rey.

La plaza escucha con respeto. Cualquier gesto, cualquier palabra, podría tomarse como una falta de respeto, y los ricos y poderosos no desean enemistarse con el Santo Oficio. Aunque nadie se atreve a decirlo claramente, todos saben que las riquezas atraen a los inquisidores, como la carne putrefacta convoca a los zopilotes. Poca cosa puede confiscarse a un carpintero o a una vendedora de tamales. El pueblo llano no alcanza a escuchar las palabras de los inquisidores, pues está muy lejos del tablado, pero aun así se entera de las sentencias. Lo que sucede en el tablado se transmite de boca en boca, como las ondas en un estanque.

El padre Xavier Goñi desgrana las cuentas de un rosario de plata. «Dios te salve María, llena eres de gracia...». Goñi no desea meterse en problemas, su superior lo ha regañado repetidamente por sus opiniones *temerarias*. Sus audacias podrían atraer sobre la Compañía de Jesús la furia del Santo Oficio. Los jesuitas tienen muchos enemigos y se intriga contra ellos en las cortes de Europa. Incluso hasta Roma llegan las maledicencias contra los hijos de san Ignacio; muchos quieren que la orden desaparezca. «Santa María, Madre Dios...», sigue rezando Goñi con las pulidas cuentas de plata entre el pulgar y el índice de su mano izquierda.

Goñi conversó antier con el virrey sobre las condenas, pero Su Excelencia es un hombre práctico y no quiere ganarse enemistades innecesarias.

—Lo que a Madrid le preocupa son los piratas holandeses, no las impertinencias del inquisidor —le dijo a Goñi—. ¡Los malditos holandeses saquearon Campeche! ¡Nuestras murallas no sirvieron para nada, padre, ¡para nada!

Ciertamente, ambos están de acuerdo en que el inquisidor es un personaje incómodo y orgulloso, que se está tomando demasiadas atribuciones en estas tierras; pero el virrey no quiere más problemas.

Goñi guarda el rosario en el bolsillo de su sotana, de la que ahora saca un devocionario empastado en negro con los cantos dorados. El librito es un pequeño regalo de doña Inés Goicoechea. Un viento suave refresca la plaza. No parece un día típico de primavera. El sacerdote titubea: «¿Y si me acusan? ¿Y si comprometo a la Compañía?». Abre el devocionario y saca del libro un papelito doblado a la mitad, que escribió ayer durante su insomnio en Tacuba. Se lleva el papel a los labios y lo muerde desquitando con él su nerviosismo. Entonces cae en cuenta de que lo está estropeando así que lo saca de su boca y lo agita para eliminar cualquier resto de saliva. Le siguen doliendo la cabeza y la espalda. Los nervios y tendones le arden como si hubiesen vertido sobre ellos plomo derretido. ¿Plomo derretido? Cuando era un joven novicio, su director espiritual quiso darle una lección inolvidable; aquel hombre le quemó el meñique con la flama de una vela.

—Goñi —pontificó el confesor—, cuando tenga alguna tentación recuerde este dolor. ¿Qué pecado vale la pena la lumbre del infierno? ¿En ese momento piense en el fuego abrasando todo su cuerpo eternamente!

El jesuita relee el papelito. Debe actuar pronto o será demasiado tarde. ¿Debe? La Sagrada Escritura ordena apedrear a los blasfemos y quemar a los afeminados. El Señor castiga los pecados de los padres en los hijos y en los hijos de los hijos, hasta la cuarta generación. Pero Goñi tampoco puede olvidarse de Jesús, el Dios que perdona a la adúltera. «El que esté libre de pecado que tire la primera piedra». Entonces desfilan por la cabeza del sacerdote las torpezas de juventud, sus faltas, sus tropiezos: «Señor, Tú sabes que nunca fui un gran pecador, pero ¿qué hubiese sido de mí sin tu misericordia? Jesús, ¡dame fuerzas!».

El religioso se pone de pie para acercarse a la fila delantera y le entrega el papelito al secretario del virrey cuchicheándole algo al oído. El secretario lee el mensaje y mueve la cabeza negativamente, desaprobando al sacerdote; aquello le parece descabellado y peligroso. El movimiento llama la atención de los invitados en el estrado de ho-

nor. Goñi no se arredra e insiste; con renuencia, el secretario se pone de pie y le entrega el papelito al virrey, quien lo recibe con sorpresa. Su Excelencia abre la nota, que no va firmada. No hace falta. Don Antonio reconoce los trazos firmes del padre Goñi: «Es un niño de catorce años». Eso es todo. Una nota simple y directa. «Es un niño de catorce años».

Fray Joaquín de Salazar, inquisidor mayor, no ha podido prestar atención al cuchicheo. Debe mostrarse concentrado en el auto de fe, que es un acto de culto, un acto de desagravio, una ceremonia de la Santa Iglesia de Dios. No obstante, percibe el extraño ir y venir de mensajes en torno al virrey. Al inquisidor se le escapa una mueca. «Esta gente, Dios mío, no entiende que debe prestarte a Ti toda la atención; perdónanos, Señor, así somos los hombres», se dice a sí mismo, al tiempo que intenta leer el papelito que recibió el virrey.

Don Antonio de Ortuño se da cuenta y guarda el mensaje dentro de la bolsa de su casaca, justo al lado de su cajita de rapé. Su rostro no refleja preocupación alguna; sabe ocultar sus emociones, por algo es quien es. Su Excelencia se lleva las manos al vientre y aprieta las nalgas para bloquear otra flatulencia. El viento sopla de nuevo. El virrey agradece que la brisa disipe los malos olores que el arzobispo y el inquisidor han tenido que soportar durante un largo rato.

«Goñi, impertinente. ¿Qué se cree? Intrigante, como todos los jesuitas —piensa el virrey—, pero ¿qué inteligente es! —Y luego, mirando de reojo al inquisidor, prosigue—: ¡Y este fraile engreído! ¿Cómo se atreve a husmear en mis asuntos?».

En el tablado, los sentenciados intentan guardar la compostura. La mayoría de ellos sólo tendrán que rezar y vestir el infamante sambenito por unos años. Otros pasarán un tiempo en la cárcel. Algunos más serán azotados. Casi todos sufrirán la confiscación de sus bienes. El grupo de los condenados a muerte luce resignado. Cargan una vela verde y, de vez en vez, se dan golpes de pecho en señal de contrición. Nadie sino Dios conoce la sinceridad de su arrepentimiento. Por lo pronto han de convencer a la Inquisición de que están arrepentidos para conseguir la gracia de una muerte rápida.

El torniquete es rápido. Al verdugo le bastan dos o tres vueltas en el cuello. La primera es la más dolorosa. El aire falta, la soga rasga la

piel, la asfixia angustia al condenado. La segunda vuelta rompe la tráquea. El reo quiere gritar, pero no puede; sencillamente no tiene garganta con que chillar. El desgraciado debe beber su propia sangre mezclada con jugos gástricos y saliva. Los más afortunados pierden el sentido. Los ojos bailan enloquecidamente y muchos se muerden la lengua y se la trozan. Las fosas nasales se abren hasta un punto increíble, intentando aspirar desesperadamente. La sangre se agolpa en otras partes del cuerpo; los penes se endurecen en un reflejo vergonzoso y ridículo, fuera de lugar. Las manos se crispan; son garras, garfios, manos de Cristo crucificado con un clavo en medio. El reo pierde el control de los esfínteres, la orina y las heces escurren hasta los pies. Las venas de las sienes se hinchan. La desesperación se apodera del cuerpo y del alma. La tercera vuelta del torniquete rompe la cervical del reo atado a la estaca. La noche cae sobre sus ojos. La cabeza se descuelga sobre el cuello roto. Queda un guiñapo, remedo de hombre. A continuación los verdugos y alguaciles acercan las antorchas a la hoguera. La nube negra se eleva al cielo dando gloria a Dios.

El virrey, el inquisidor y el arzobispo y sus séquitos se ponen de pie. Viene ahora la procesión rumbo al patíbulo. Ahí no hay estrados ni tribunas, sólo unos pocos lugares reservados para los burócratas indispensables durante la ejecución. A lo largo del camino hacia el quemadero, el pueblo podrá desquitarse maldiciendo a los condenados y aventándoles fruta y verdura podridas.

Los soldados cercan al grupo de judaizantes y sodomitas que serán purificados por el fuego. A veces, alguno pierde el control y se atreve a insultar, maldecir y blasfemar. Los militares están prevenidos; por suerte, este día los condenados se comportan con ecuanimidad. El proceso de algunos de ellos ha durado tantos años y han sufrido tanto en la cárcel, que poco les importa morir. Ahora lo único que les interesa es morir rápido.

Los reos se confesaron en la mañana; desayunaron pan, chocolate y vino. El médico de la cárcel, un tal Eusebio, añadió opio al vino a escondidas para hacer este trance más llevadero a los infelices. Un tipo piadoso, intenta paliar los horrores de la ejecución con este pequeño truco. Si los inquisidores se enterasen de su estratagema, don Eusebio estaría en graves problemas. El padre Goñi, amigo del médi-

co, está al tanto de la treta de la droga y la aplaude con todas sus fuerzas. No hay por qué añadir dolor al dolor.

En el último instante, el peso de los acontecimientos aplasta al sentenciado más joven, un jovencito del grupo de sodomitas, pecadores nefandos que atentaron contra su propio cuerpo. El chico que pecó *contra naturam* apenas tiene vello en el cuerpo. No hay rastro de barba en su rostro. Es un mestizo de cuerpo fino, rasgos afilados, pelo negro y cintura esbelta, casi femenina. El niño está aterrado y se orina a la vista de la multitud. Los soldados sueltan carcajadas.

—¡Cerdo! ¡Cobarde! ¡Mujercita!

Impulsado por el miedo, el adolescente se zafa de los soldados y se arrodilla, llorando, ante el estrado del Tribunal.

—¡No me maten! ¡Por caridad, no me maten! ¡No quiero morir! ¡Virgencita, ayúdame!

Inés y la hija del virrey se cubren el rostro con sus abanicos. El arzobispo pretende no oír los gritos. El padre Xavier Goñi cierra los ojos y reza con insistencia: «Dios te salve María...».

El inquisidor, menospreciando la autoridad del virrey, ordena a los soldados que se lleven al chico cuanto antes, como si él fuese su superior. El chico se retuerce, se contorsiona como un gusano atravesado por un alfiler. Son gritos agudos, agónicos, desesperados. Un alguacil amordaza al infeliz con un trapo sucio. Movido por la compasión, uno de los condenados, un fornido mulato, pone su mano sobre el hombro del joven. El alguacil se lo impide con un golpe brutal.

—¡Suéltalo, cerdo!

Quienes presencian la escena desde el estrado callan. La mayoría aprueba con sus miradas el castigo. La fe y la moral cristiana deben defenderse con firmeza, sin concesiones ni blandenguerías. El virrey también calla, pero está muy enojado con el inquisidor. ¿Cómo se atreve a darles órdenes a *sus* soldados? Son los soldados del rey, no de la Inquisición.

—Dios mío, por favor, dame fuerzas para cumplir con mi deber
—musita fray Joaquín de Salazar mientras apoya las manos en la barandilla de madera, recargando en ella el peso de su propio cuerpo, porque, aunque nadie lo note, también él está pasando un mal rato.

Claro que le duele ver morir a un joven de catorce años, sólo un desalmado no se conmovría. No obstante, a esa edad uno es perfectamente dueño de sus actos. El sodomita, por joven que sea, merece el castigo. Basta pensar en san Tarsicio, que a sus ocho años prefirió morir antes que profanar la eucaristía. Los macabeos también eran muy jóvenes y eligieron el martirio con tal de preservar la fe. A pesar de su juventud, el reo debe asumir las consecuencias de sus actos. Dios arrasó Sodoma y Gomorra, niños incluidos, por los graves pecados cometidos por sus depravados habitantes. Además, quienes aceptan el castigo con resignación cristiana entrarán con los dos pies en el Reino de los Cielos.

Don Antonio interrumpe los pensamientos del inquisidor y le comenta algo al oído. El fraile levanta el dedo índice señalando al cielo. El secretario de Su Excelencia ordena a los asistentes que se retiren del estrado de inmediato. Sólo quedan cuatro personas en el palco: el virrey, fray Joaquín, el arzobispo y el secretario. Es evidente que están discutiendo algo importante.

Xavier Goñi, como un invitado más, baja del estrado apresuradamente.

—Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte —sigue rezando el jesuita a la vista de los curiosos.

La alta sociedad, condes, marqueses, canónigos y catedráticos, cuchichea al pie del estrado. Nadie se retira sin presentar sus respetos a Su Excelencia.

Finalmente, escoltados por los alabarderos, descienden los personajes. De inmediato, una parvada de frailes y sacerdotes zalameros rodea a fray Joaquín. El inquisidor pide silencio y anuncia con voz profunda y solemne:

—El misericordioso brazo secular, oyendo los pedidos de clemencia del Santo Oficio, ha escuchado nuestros ruegos y se ha dignado conmutar una sentencia. El sodomita de catorce años no morirá en la hoguera. Este Santo Tribunal y Su Excelencia se han dignado a conmutar la hoguera por cadena perpetua como remero en las galeras del rey.

El corrillo se persigna, evitando cuidadosamente externar aprobación o desaprobación. Son cuestiones que no conciernen a los simples vasallos. Goñi, que se ha mantenido al margen del grupo, lo más alejado posible, prosigue su rezos haciéndose el desentendido. Un leve escalofrío recorre su cuerpo.

El inquisidor manda llamarlo. El jesuita camina tímidamente hacia el poderoso dominico. El corrillo de aristócratas y funcionarios le abre paso. El fraile lo toma del brazo con gesto aparentemente cariñoso y sonrisa afable, mientras le susurra quedamente al oído:

—Padre, esto no se va a quedar así. Vaya con cuidado.